

poner las herejías en el número de los pecados que excluyen del reino de Dios (*Galat.*, v, 20). Y quiere que el hereje, después de primera y segunda admonición, sea arrojado de ella (*Ad Tit.*, iii, 10).

Los Padres apostólicos san Policarpo y san Ignacio, en sus cartas, tienen sobre este punto el mismo lenguaje que san Pablo: su discípulo san Ireneo usa del mismo, cuando dice: «Ninguna reforma puede ser tan ventajosa, como es pernicioso el cisma¹.» San Cipriano, aquella lumbrera del siglo III, nos ha dejado un libro escrito sobre la *unidad de la Iglesia*, en el cual, entre otros varios, se halla el siguiente testimonio: «No hay mas que un Dios, y un Cristo, y una fe, y un pueblo, unido en un cuerpo sólido por el vínculo de la concordia. Esta unidad no permite división, ni este cuerpo desunión. El que no tiene á la Iglesia por madre, no puede tener á Dios por Padre. Así como fuera de la Arca de Noé ninguno pudo escapar del diluvio, así el que está fuera de la Iglesia no puede salvarse. Abandonar la Iglesia es un crimen, que la muerte misma, la sangre derramada no puede lavar. El que le comete podrá ser martirizado, pero no puede ser coronado².» El grande san Juan Crisóstomo, en el siglo IV, escribía así: «Sabemos que la salud no pertenece sino á la Iglesia, y que nadie puede tener parte en Cristo, ni salvarse fuera de la Iglesia y de la fe católica³.» En el siglo V san Agustín se explica con no menor energía en muchas ocasiones. Entre otras, en la epístola sinódica del concilio de Ciria, en 412, redactada por el Santo, dice á los cismáticos Donatistas: «El que está separado de la Iglesia Católica, por mas inocente, por mas virtuosa que parezca su vida, por solo este crimen de estar separado de la unidad de Cristo, no tendrá la vida antes bien la ira del Señor pesará sobre él⁴.» En el VI san Fulgencio y san Gregorio el grande se expresan con igual fortaleza en varios lugares de sus obras. Me contentaré con citar uno. «Fuera de esta Iglesia, dice el

¹ *De Her.*, l. 1, c. 3.

² Ciprian., *de Unit. Oxon.*, pág. 109.

³ *Hom. 1, in Pasch.* — ⁴ *Concil. Labb.*, t. 2, p. 1520.

» primero, el nombre de cristiano es de ninguna utilidad; el bautismo no salva, ni puede ofrecerse un sacrificio puro, ni hay perdón para los pecados, ni se puede hallar la felicidad de la vida eterna¹.» ¿Pero qué nos cansamos? este ha sido siempre el lenguaje de los Padres y Doctores de la Iglesia respecto á su unidad esencial, y á la indispensable obligacion de estarle unido. — Tales han sido tambien las declaraciones formales de la Iglesia misma en tantos decretos, por los cuales ha condenado y anatematizado los diferentes herejes y cismáticos, que sucesivamente han dogmatizado, sea la que haya sido la cualidad de sus errores; ó el pretexto de su desunión. Basta por hoy. Soy, etc. J. M.

CARTA XV.

A JAMES BROWN.

Desunión de los Protestantes.

En la investigacion que vamos á hacer de cuál sociedad cristiana es á la que pertenece la nota de la *Unidad*, bastará para mi propósito, dejando ahora los demás errores y herejías, considerar de una parte á los protestantes, y de otra la Congregacion de los cató-

¹ *Lib. de remiss. peccat.*, c. 23. — N. B. — Esta doctrina sobre la unidad de la Iglesia, y la necesidad de adherir á ella bajo pena de condenacion, que parece tan rigida á los protestantes de hoy, era casi universalmente enseñada por sus predecesores; por Calvino (*Instit.* 1, l. 4), y Beza (*Confess. fid.*, c. 5); por los protestantes en su Catecismo; por los Escoceses en su profesion en 1568; por la Iglesia Anglicana, art. 18; por el célebre Pearson, etc. Este último escritor se explica así: «Jesucristo no quiso jamás que hubiese dos caminos para ir al cielo, ni ha fundado una Iglesia para salvar á otros. Así como nadie pudo salvarse en el diluvio, sino los que estaban en el arca de Noé, del mismo modo nadie se librará de la ira eterna de Dios, sino los que pertenecen á la Iglesia de Dios.» *Exposic. del Credo*, p. 349.

licos. Sin embargo, si hemos de hablar con toda propiedad, no puedo menos de advertir que es un absurdo palpable dar el nombre de Iglesia ó de sociedad á los protestantes; porque esta palabra *protestante* nada expresa de positivo ¹, y mucho menos una union ó asociacion de personas: únicamente significa una persona que protesta ó se declara contra algunas otras personas ó alguna otra cosa; y en el caso presente significa que *protestan contra la Iglesia Católica*. Así puede haber y efectivamente hay un número infinito de sectas de protestantes, divididas las unas de las otras en todo, menos en la oposicion á su verdadera Madre la Iglesia Católica. San Agustín cuenta 90 herejías, que habian protestado contra la Iglesia de Jesus antes de su tiempo; es decir, en los primeros 400 años de su existencia: los escritores eclesiásticos han numerado desde aquella época hasta la protestacion de Lutero á principios de siglo XVI, casi igual número; y desde entonces hasta fines de dicho siglo han contado Staphylo y el Cardenal Hosio 270 sectas diferentes de protestantes. ¡Pero cuántas mas, ¡ay! no se han multiplicado en estos dos últimos siglos ²! De este modo se ha verificado, así en los tiempos modernos como en los antiguos, la sentida observacion del mismo santo Padre, el cual asombrado decia: *¡en cuántos fragmentos se han partido estas sectas que se separaron de la unidad de la Iglesia!* ³! No ignorais que el célebre Bossuet escribió gruesos volúmenes sobre las *Variaciones de los protestantes*, especialmente de las filiaciones de Lutero y de Calvino. En mis cartas anteriores y en otras partes tambien ⁴, he tenido ocasion de hablar de otras variaciones numerosas, de las disensiones y persecuciones mútuas, llevadas hasta el extremo de quitarse la vida ⁵ unos á otros. He citado igualmente las que-

¹ Véase el t. 1. de la *Biblioteca*, pág. 78.

² Solo en Inglaterra se cuentan mas de 200: condado hay donde se hallan 13 diferentes.

³ S. Agustín contra Petil.

⁴ *Lettres au Prébendaire*, etc.

⁵ Lutero declaró á los *Sacramentarios*, es decir, á los *Calvinistas*, los *Zuinglianos*, y en general á los protestantes que negaban la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía; *herejes y almas*

jas de Calvino, Dudith y de otros jefes de protestantes, con motivo de estas divisiones, y no es necesario repetirlo. Traed á la memoria en particular lo que este último escribe sobre este punto: « Los nuestros se dejan llevar » de todo viento de doctrina: si sabeis lo que creen » hoy, no podeis decir lo que creerán mañana. ¿Hay » acaso un solo punto de Religion en que estas iglesias » que se han separado del Papa estén acordes entre sí? » Si recorreis todos los dogmas desde el primero hasta el » último, no hallareis uno solo que para algunas no sea » un artículo de fe, y otras lo desechen como una im- » piedad ¹. »

Pues á la vista de estos hechos, y otra infinidad de ellos que omitimos por su notoriedad, ¿no seria una locura pretender que los protestantes tienen el menor derecho á la nota de *unidad*, y pensar que los que en nada están unidos, sino en su odio á la Iglesia Católica, puedan formar *esta Iglesia una*, que profesamos creer en el Símbolo? — Acaso direis que la nota de *unidad*, que falta á las divisiones infinitas de protestantes en general, puede hallarse en la Iglesia Anglicana á que pertenecéis.

condenadas, por quienes no era permitido rogar (Epist. ad Argint. Catech. parv. Comment. in Genes.). Sus discípulos llevaron su persecucion contra Bucero, sobrino de Melancton, hasta ponerle en un calabozo; y contra Crelio hasta quitarle la vida, por haber procurado suavizar en este punto la doctrina de su maestro (*Mohheim por Maclaine*, vol. IV, pág. 341, 353). — Zuinglio, al mismo tiempo que dedicaba á Hércules y á Teseo, etc., condenaba á los anabaptistas á ser ahogados en el agua, pronunciando sobre Felix Mans esta sentencia, que en efecto se ejecutó en Zurich: *Qui iterum mergunt, mergantur* (Limborch. Introd. 71). Calvino, no contento con anatematizar y aprisionar á los reformadores que se diferenciaban de su sistema, hizo quitar la vida jurídicamente á Serveto y á Gruet. Los presbiterianos de Holanda y de la nueva Inglaterra eran igualmente intolerantes con las otras sectas de protestantes. Los últimos hicieron ahorcar á cuatro Cuakeros, entre los cuales se hallaba una mujer, á causa de su Religion. En la misma Inglaterra hubo frecuentes ejecuciones de anabaptistas y de otros protestantes, desde el reinado de Eduardo VI hasta el de Carlos I, y otras persecuciones menos sanguinarias hasta el tiempo de Jacobo II.

¹ *Epist. ad Capiton., inter Epist. Beræ.*

— Convengo en que vuestra comunión tiene mas fundamento para hacer pretension á esta, y aun á las demás notas características de la Iglesia, que todas las demás sectas ó sociedades de protestantes: que ella, en efecto, como dice nuestro poeta controversista, es la menos *deformada*, porque es la menos *reformada*¹. Pero sin embargo, creo recordareis la historia que en una de mis cartas anteriores² insinué, de las variaciones materiales que ha sufrido en diferentes tiempos, despues de su entera formacion, bajo el reinado del último Eduardo, que la ponen en contradiccion consigo misma. Recordareis tambien las pruebas de *Hoadlysmo*³, ó en otros términos, de *socinianismo* (esta *vituperable y maldita herejía*, como la llamaba esta misma Iglesia en su último Sínodo)⁴, que alegué contra algunos de sus mas ilustres obispos, y otras dignidades de nuestros tiempos modernos. Estos en sus cartas pastorales al Clero, en sermones de Congregacion, y en escritos dirigidos al Príncipe, enseñan que la Iglesia misma no es otra cosa que la asociacion voluntaria de ciertas personas para el bien del culto social: que ellos mismos no son *Ministros de Dios*, sino en el sentido mismo que los oficiales civiles: que Jesucristo no nos ha dejado medio alguno exterior de conseguir la gracia; y por consiguiente que el Bautismo y la Eucaristía (que en el Catecismo están declarados *necesarios para la salvacion*) no producen efecto alguno espiritual; en una palabra, que todos los misterios, entre ellos los de la Trinidad y de la Encarnacion, son absurdos, aunque los prelados de la Iglesia Anglicana hayan hecho quemar tantos arrianos⁵ en los reinados de Eduardo, de Isabel, y de Jacobo I, por haber rehusado

1 Dryden, *la Cierva y la Pantera*. — 2 Carta 8.

3 Este nombre de *Hoadlysmo* viene de *Hoadly*, Obispo anglicano, muerto en 1761, *latitudinario* muy famoso en su patria, y jefe de una escuela, cuyo sistema religioso excitó grandes reclamaciones.

4 *Constitutions et Canons*. A. D., 1640. *Collect. de Sparrou*, pág. 355.

5 Estremece el *intolerantismo* de estos hombres que por profesion se dicen *tolerantes*: tendremos ocasion en las siguientes cartas de individualizar algo mas sobre esto.

admitir estos mismos misterios¹. Cuando yo expuse, segun sabeis, este fatal sistema, á cuyos profesores hubieran, sin vacilar, Cranmer y Ritley hecho quemar vivos, me figuraba que este error seria puramente local, y me prometia que, defendiendo en este punto, al mismo tiempo que mi propia Iglesia, los artículos y liturgia de la Iglesia Anglicana, seria sostenido por sus ilustres miembros y dignidades. Pero ví todo lo contrario², y bien á costa mia experimenté que el contagio irreligioso estaba infinitamente mas extendido de lo que creyera. En efecto, he visto que los mas célebres profesores de teología protestante en sus universidades enseñaban á los jóvenes en las academias y lecciones públicas la doctrina del doctor Balguy, y que sus obispos mas ilustrados la proclamaban en sus cartas pastorales y demás obras. Entre los primeros, un profesor de Cambridge llevó la deferencia á dicho arcediano de Winchester, hasta el extremo de decir á sus discípulos: « Como tengo me- » nos confianza en mis propias aserciones y conclusiones » que en las del doctor Balguy, os exhorto, si creéis que » se diferencian en algo de ellas, que sigais las suyas, y » le creais mas bien que á mí³. » No era extraño, porque sus ideas en punto á los misterios del Cristianismo, especialmente la Trinidad, y Redencion por Jesucristo, y aun sobre la mayor parte de los puntos teológicos, concuerdan perfectamente con las del doctor Balguy. Él presenta la diferencia que hay entre los miembros de la Iglesia Anglicana y los socinianos, como una cosa puramente de nombre, y de nombres insignificantes, y asegura, que *no tienen necesidad de cautelarse mutuamente*

1 Véanse las *Cartas al Prebendario*, carta 8; los extractos de los Sermones del obispo Hoadley, y de los Señores Balguy y Sturges. Balguy es sin contradiccion el mas nervioso de todos estos predicadores. Véanse sus Sermones y Mandatos predicados en ocasiones públicas, dedicados al Rey, 1785.

2 Aquí debemos exceptuar al doctor Horesley, obispo de San Assaph, el cual protegió el autor así en el Parlamento como fuera de él.

3 *Curso de Teología enseñado en la universidad de Cambridge*, por J. Hey, D. D., profesor de la fundacion de Norris, en 4 vol., 1797, v. 2, p. 104.

unos de otros en punto á doctrina ¹. Hablando de lo que llama costumbre de la Escritura, de nombrar juntos *al Padre, al Hijo, y al Espíritu Santo*, en las ocasiones más solemnes, como en el Bautismo, etc., dice: « Si yo pretendiese comprender lo que digo, podría ser un triteista ó un infiel, pero no podría adorar al solo verdadero Dios, y reconocer á Jesucristo como nuestro comun Señor ². » Otro acreditado profesor de teología, que es al mismo tiempo uno de los Obispos de la Iglesia Anglicana, enseña á su clero, « *que no mire ninguna opinión particular tocante á la Trinidad, á la Redención* » y al Pecado original, como necesaria á la salud ³. » En su consecuencia, absuelve igualmente de impiedad al Unitario, porque niega á nuestro divino Salvador los honores divinos, y al adorador de *Jesús* (estas son sus palabras) de idolatría, porque se los dá; y todo en razon de su buena intención comun ⁴. Esto muestra claramente cual era la creencia propia del dicho obispo, relativamente á la adorable Trinidad, y á la divinidad de la segunda Persona. — En una carta anterior he citado un pasage notable de este mandato ó carta pastoral, en el cual el obispo Watson, hablando de las doctrinas del Cristianismo, dice á su clero: « *Creo mas seguro deciros en donde se hallan estas, qué decir cuales son*. Se hallan contenidas en la Biblia; mas si, leyendo este libro, vuestros sentimientos se diferencian de los de vuestro prójimo, ó de los de la Iglesia, estad persuadidos que la infalibilidad ni os pertenece á vos ni á ella. » He hecho ver en otra parte ⁵ el socinianismo completo del obispo Hoadley y de sus discípulos, entre los cuales es necesario colocar el primero al obispo Shipley.

Otro escritor célebre, tambien gran dignidad de la Iglesia Anglicana ⁶, impugnando con mucho vigor la in-

¹ Curso de Teología enseñada en la universidad de Cambridge, etc.

² *Ibid.*, pág. 250 y 251.

³ Mandement du D^r Watson, évêque de Landaff, 1795.

⁴ *Collect. de Traités théol. Préf.*, p. 17.

⁵ *Lettres au Prébendaire*.

⁶ El doctor Blackburn, Arcediano de Cleaveland, autor del *Confessional*.

consecuencia é ineficacia de las *confesiones de fe* públicas entre los protestantes de cualquiera denominacion que sean, dice: que de los cien ministros anglicanos que todos los años suscriben los artículos formados *para impedir la diversidad de opiniones*, hay motivos muy poderosos para creer, *que no llegan á una quinta parte los que suscriben ó consienten á ellos en un sentido uniforme* ¹: y cita en prueba á un Prelado de su comunión ², el cual sostiene: « *que no hay dos personas* de las que piensan, » que hayan estado jamás de acuerdo sobre uno solo de estos artículos. » Cita igualmente al famoso Obispo Burnet, quien asegura: « que la obligación de firmar los 39 artículos, es una tiranía ³; y que la mayor parte del clero suscribe á ellos sin examinarlos, y otros lo hacen porque es necesario hacerlo, aunque no puedan conciliar muchos de ellos con su conciencia ⁴. » Prueba además que los partidarios de la suscripcion, los doctores Nichols, Bennet, Waterland, y Stebbing, los han defendido todos por principios opuestos; y se ve obligado á reconocer en ellos otros tantos enemigos de la suscripcion, entre los cuales se cuenta á sí mismo. El doctor Clark pretende que en la suscripcion va envuelta una restriccion natural; á saber: « Yo consiento en estos artículos, en cuanto no sean contrarios á la Escritura ⁵, » aunque los jueces de Inglaterra hayan declarado lo contrario ⁶. El doctor Sykes, asegura que los artículos, bien se haya hecho de propósito, ó por descuido, son *equivocos* ⁷. Otro escritor, á quien cita con elogio, se esfuerza á explicar el modo de que podrían valerse para suscribir á ellos un Sabeliano, un Católico, un Triteista, y lo que se llama un Arriano. « ¿Qué idea podrá formar, dice con razon, despues de estas palabras el doctor Blackburn, este autor de la paz, cuando supone que el acto de la suscripcion podría conservarla entre personas, cuyos dictámenes y juicios son tan diferentes? » Si lees á Overton en su *Eclesiástico constante*, hallareis

¹ Confess., 3 ed., pág. 45. — ² El doctor Clayton, obispo de Clogher. — ³ Confess., pág. 83.

⁴ *Ibid.*, pág. 91. — ⁵ *Ibid.*, pág. 222. — ⁶ *Ibid.*, pág. 183.

⁷ *Ibid.*, pág. 237. — ⁸ *Ibid.*, pág. 239.

nuevas pruebas de la repugnancia con que miran otros muchos eclesiásticos distinguidos de Inglaterra los artículos de su propia Iglesia, igualmente que de la poca concordia que reina entre ellos en materia de fe. Según esto no os admirareis que muchos suplicasen hace algunos años al Parlamento, los eximiese de la *precision* en que se les pone, según dicen, de suscribirlos¹, y que sea tan ordinario oír que muchos mutilan la liturgia, por evitar el sancionar las doctrinas de su Iglesia, que no creen y desechan, particularmente el *Símbolo* de san Atanasio, y la *Absolucion*².

Podría además, si fuera necesario, mostrar entre los diversos disidentes, y particularmente entre los antiguos independientes y presbiterianos, aún mayor inclinación á separarse de sus confesiones de fe primitivas y discusiones mas claras: la mayor parte, dice el doctor Jortin, son el día de hoy socinianos, aunque todo el mundo sabe que hasta el presente han perseguido á esta secta á sangre y fuego. El famoso doctor Priestley, no solamente negaba la divinidad de Jesucristo, sino que, por una horrible blasfemia, le acusaba de numerosos errores, debilidades, y defectos³; y cuando se le objetaba la autoridad de Calvino, que habia hecho quemar vivo á Serveto, respondía: « Calvino era un grande hombre; pero si un enano se pone sobre los hombros de un gigante, verá mucho mas que el gigante mismo. » Se me asegura que la doctrina que se predica hoy en la capital en las Iglesias de los Unitarios modernos, se asemeja mucho á la que predicaban hace algun tiempo en Francia los Theofilantropos, instituidos por uno de los cinco directores.

En fin, la cuestión principal al presente es, saber, si la Iglesia Anglicana puede tener algun derecho á la primera *nota* ó *carácter* de la verdadera Iglesia, designada

¹ Particularmente en 1772.

² La omision del Símbolo de san Atanasio en particular, se ha verificado tantas veces en los Oficios divinos, que el Parlamento acaba de pasar una acta para ordenar su lectura. Pero si los eclesiásticos de que se habla aquí, no creen realmente que Jesucristo es Dios, ¿qué gana el cuerpo legislativo en violentarlos ó precísarlos á que le adoren como Dios?

³ *Theol. Reposit.*, t. 4.

en nuestro Símbolo común, es decir, á la *unidad*. Pero debo observar que, además de las disensiones entre sus miembros, de que acabamos de hablar, háy aún sociedades enteras en ella, que no están en comunión con la Iglesia ostensible de Inglaterra: y todas pretenden vigorosa y plausiblemente ser cada una de ellas la verdadera Iglesia Anglicana. Tales son los *No-juramentados*, ó *No-juradores*, que sostienen la doctrina primitiva, contenida en las *Homilias* sobre la obediencia pasiva y la no resistencia, y que adhieren al primer Ritual de Eduardo VI^o: tales son los *Predicadores evangélicos* y sus discípulos, quienes sostienen que el Calvinismo puro es la creencia de la Iglesia Anglicana². Tales son en fin los *Metodistas*, á quienes el profesor Hey representa como los que verdaderamente forman la *antigua Iglesia de Inglaterra*³. Y es notorio que hoy muchos eclesiásticos predicán por la mañana en las Iglesias Anglicanas, y por la tarde entre los metodistas, mientras que sus ricos protectores compran cuantos beneficios eclesiásticos pueden para dárselos á sujetos del mismo carácter. A vista de este cuadro, nada mas que bosquejado, de la Iglesia Anglicana⁴, ó de cualquiera otro que se puede trazar, ¿os parece posible atribuirle la primera *nota de la verdadera Iglesia*, que profesáis pertenecer á esta, cuando á la faz del Cielo y de la tierra declarais solemnemente: *Creo la Iglesia Católica una....?* Hable vuestro corazón: ¿se advierte en ella el menor vestigio, un solo rasgo, un

¹ A esta Iglesia pertenecian Ken y los otros seis obispos que fueron depuestos en la revolución, Leslie, Collier, Hicks, Bret, y otros muchos de los principales de la Iglesia Anglicana.

² Es evidente, según los *artículos* y las *Homilias*, y aun mucho mas por la persecucion de los partidarios del libre albedrío en este país, que la Iglesia Anglicana fué calvinista hasta el fin del reinado de Jacobo I, quien envió obispos para representar á la Inglaterra y Escocia en el grande Sinodo protestante de Dordrecht. Estos, á nombre de sus respectivas Iglesias, suscribieron á esta proposicion: que *los fieles que caen en crímenes atroces, no pierden sus derechos á la justificacion, ni incurren en condenacion.*

³ Tom. II, pág. 73.

⁴ La mas uniformada y arreglada de todas las protestantes. Bien que en la Alemania ya han pasado del protestantismo al deísmo.

principio de *unidad* real? Sé muy bien la respuesta que vuestra sinceridad debe dar á tan sencilla pregunta, y por eso no quiero por ahora detenerme: — Soy como siempre vuestro, etc.

J. M.

CARTA XVI.

A JAMES BROWN.

Unidad católica.

Habiendo visto en vuestras cartas anteriores que la *Unidad*, nota característica, segun confesamos en nuestros Símbolos, de la verdadera Iglesia de Jesucristo, falta á las sociedades protestantes, y aun á la mas ostensible y reglada entre ellas, es decir, á la Iglesia Anglicana; réstanos examinar, si él convendrá ó no al tronco principal y primitivo del Cristianismo, conocido con el nombre de la *Iglesia Católica*. A la verdad, si esta Iglesia, esparcida en todas las naciones de la tierra, y que subsiste sin interrupcion desde Jesucristo y los Apóstoles hasta nuestros dias, ha conservado esta *Unidad* religiosa, que las sectas protestantes, circunscriptas á un solo pueblo, no han podido mantener, es preciso confesar que ella debió ser establecida por una Sabiduría infinita, y ha sido protegida por una Providencia omnipotente. Pues esto es lo que voy á demostraros, y sostengo como un hecho notorio: no temo decirlo; y despues de leida esta, creo lo confesareis conmigo, que esta grande y primitiva Iglesia es y ha sido siempre, en todo el rigor de la palabra, *una* en todos los puntos arriba mencionados; y por consiguiente que es la Iglesia verdadera. En efecto, ella es *una* en su fe y en sus fórmulas de comunión. Los mismos Símbolos, el de los Apóstoles, el de Nicea, el de San Atanasio, y la profesion de fe del papa Pio IV, redactada segun las definiciones del Concilio de Trento,

se recitan y profesan literalmente, sin tergiversacion ni interpretaciones en todas partes. En todos nuestros Catecismos se enseñan unos mismos artículos de fe y de moral: desde la Irlanda hasta Chile, y desde el Canadá hasta la India, se cree una misma regla de fe, á saber: la palabra revelada de Dios contenida en la Escritura y en la Tradicion, y se reconoce un mismo intérprete y expositor de esta regla, esto es, la Iglesia Católica hablando por boca de sus pastores. No es aventurar paradojas: vos mismo podeis convenceros personalmente y todos los dias en la bolsa, entrando en conversacion con los comerciantes católicos instruidos, que vienen continuamente de los mencionados países. Podeis convenceros preguntando al pobre y sencillo Irlandés, y á los demás extranjeros católicos que átraviesan nuestra patria en diversas direcciones. Preguntadles que creen respecto á los artículos fundamentales del Cristianismo, sobre la Unidad de un Dios, y Trinidad de Personas; sobre la Encarnacion y muerte de Jesucristo, su Divinidad, y la redencion del pecado por su pasion y muerte; sobre la necesidad del Bautismo, y la naturaleza del Santísimo Sacramento, etc.: preguntadles sobre todos estos puntos, y otros semejantes, con bondad, paciencia y condescendencia, especialmente respecto á su lenguaje y modo de producirse; y estoy seguro que no hallareis diferencia alguna esencial en las respuestas, y de todos modos siempre infinitamente menos que hallaríais, si las hiciéseis á igual número de protestantes de una misma denominacion, fuesen instruidos ó no lo fuesen. En todo caso, los católicos, si se les pregunta convenientemente, confesarán su creencia en un artículo que los comprende todos; á saber: *Creo todo lo que cree y enseña la Santa Iglesia Católica.*

Los teólogos protestantes de hoy se excusan de no asentir interiormente á los artículos á que suscriben, y juran, alegando su antigüedad y no uso¹; aunque ninguno de ellos llegue á doscientos y cincuenta años²: y no

1 D. Hey's, *Leçons de théologie*, t. 2, p. 49, 50 y 51.

2 Los 39 artículos fueron redactados en 1562, y confirmados por la Reina Isabel y sus obispos el 1571.

tienen dificultad en confesar se ha verificado entre ellos una *reforma tácita* despues de la primera *pretendida reforma*¹. Esto es ya una confesion de que su Iglesia *no es una*, ni ha sido siempre la misma; cuando los católicos creen tan firmemente las decisiones doctrinales del Concilio de Nicea, pronunciadas quince siglos há, como las del Concilio de Trento confirmadas el 1564, y otras decisiones aun mas recientes, porque la Iglesia Católica, así como su divino Fundador, « es la misma hoy que era » ayer, y siempre será la misma (*Hebr.*, XIII, 8). »

Ni solamente en la *doctrina es una* y siempre la *misma* la Iglesia Católica; lo es tambien en todas las partes esenciales de su *liturgia*. En todas las partes del mundo ofrece el mismo sacrificio inecruento de la santa Misa, que es su acto principal del culto divino; administra los mismos *siete* Sacramentos, instituidos por la Sabiduría y la Misericordia infinitas, para las diferentes necesidades de los fieles; en los mismos dias se observan, en donde quiera, las grandes solemnidades de nuestra Redencion, y se proclama y observa el ayuno apostólico de la Cuaresma. En una palabra, es tal la unidad de la Iglesia Católica, que cuando los Sacerdotes ó seglares católicos que llegan de las Indias, del Canadá ó del Brasil á uno de los puertos vecinos, vienen desde la nave sin detenerse á mi capilla², pueden todos unirse á mí en todas las partes esenciales del Oficio ó culto divino.

En fin, así como una constitucion y un *gobierno eclesiástico*, regulares y uniformes, y una justa subordinacion entre sus miembros, son necesarios para constituir una Iglesia uniforme, y conservar la unidad de doctrina y de liturgia; así tambien estas dos cosas son evidentemente incontestables en la Iglesia, y en sola la Iglesia Católica. Ella es, en expresion de san Cipriano, *el asilo de la paz y de la unidad*³, y segun la santa Escritura, semejante á un *ejército bien ordenado puesto en batalla*⁴. Los católicos, aunque extendidos en toda la superficie de

¹ Hey, pág. 48.

² En Winchester, donde residía el autor cuando escribia esta carta.

³ *Domicilium pacis et unitatis*. S. Cyp. — 4 *Cant.*, VI, 4.

la tierra, y desunidos en todas las demás cosas, no forman mas que un solo cuerpo en punto de Religion. El católico fiel, ya ande errante en las llanuras del Paraguay, ya esté cerrado en los palacios de Pekin, sea donde quiera, en las materias de Religion y economia eclesiástica, está sumiso á su pastor; cada pastor lo está á su Obispo, y cada Obispo reconoce la supremacia del sucesor de san Pedro en materias de fe, de moral y de jurisdiccion espiritual. En casos de error ó de insubordinacion, accidentes que, atendida la debilidad y malignidad del corazon humano, pueden de tiempo en tiempo turbar la Iglesia, hay cánones, tribunales y jueces eclesiásticos para corregir y curar el mal; lo que en las demás sociedades religiosas, por falta de ellos, seria sin remedio.

Nada he dicho de las diferencias de los protestantes respecto á sus liturgias y gobierno eclesiástico; porque siendo estas materias sumamente complicadas, obscuras y muy variadas, me apartarian de la brevedad que me he propuesto. Basta notar que las principales ó mas numerosas sectas protestantes desapruéban expresamente toda union entre sí sobre estos puntos: que un gran número de ellas desechan toda especie de liturgia y de gobierno sea, el que sea¹; que en la misma Iglesia Anglicana muchos de sus principales dignidades y otros miembros distinguidos, manifiestan públicamente su desaprobacion de ciertas partes de liturgia, no menos que de sus artículos²; y en fin que ninguna de ellas parece tener otra autoridad que la que está apoyada por la potestad *civil*. Considerado pues todo lo relativo al punto de la *desunion protestante*, y de la *unidad católica*, me veo precisa-

¹ Entre otros los Brownianos, que ni aun recitan la oracion del *Pater noster*.

² El arcediano Paley se queja abiertamente de que « la doctrina » de los artículos de la Iglesia Anglicana, á la que él se opone de un modo tan decidido, está mezclada con tanto cuidado á sus fórmulas de culto público. » No conozco un solo obispo ni un eclesiástico protestante distinguido, desde el arzobispo Tillotson hasta el presente obispo de Lincoln, que apruebe enteramente el Símbolo de San Atanasio, el cual sin embargo debe recitarse ó cantarse en sus Iglesias en trece principales festividades.

do á decir con Tertuliano : « Es propio del error el variar; pero cuando en muchos pueblos diferentes se encuentra un dogma siempre *uno*, y siempre el mismo, » no se le debe mirar como un error, sino como una Tradición¹. » — Soy, etc. J. M.

CARTA XVII.

A. J. M.

Reverendo señor mio : me tomo mucho interés en el objeto de vuestra actual correspondencia, para que quiera voluntariamente interrumpirla; pero habiendo algunos de esos señores, que frecuentan la sociedad de New-Cottage, comunicado vuestras tres últimas cartas á un sábio Prebendado, que está al presente de visita en estas cercanías, me han suplicado os comunique las observaciones que ha hecho sobre ellas. Creo supérflua toda excusa de mi parte, atendidos los términos de nuestra correspondencia, y mucho mas por el convencimiento en que me persuado estais del respeto sincero con que soy. — Reverendo señor mio, etc.

JAMES BROWN.

Extracto de una carta del Reverendo N. A., Prebendado de N., á M. N.

Muchos católicos romanos, con quienes he tenido relaciones de amistad, son buenos testigos de que he sido siempre uno de los mas activos defensores de su

¹ *De Præscript. contra Hæret.* El famoso obispo (protestante) Jewell, para excusar las variaciones de su Iglesia, echa en cara á los católicos que tambien hay diferencias entre ellos : que hay religiosos vestidos de negro, otros de blanco, otros de azul, etc.; que unos comen carne, otros no, y otros solo legumbres; que hay disputas en sus escuelas : lo cual observa tambien el D. Porteus, etc. : la lástima es que se les olvidó decir á los dos, que estas disputas no versan sobre los artículos de fe, que todos creen igualmente.

emancipacion, y que, lejos de oponerme á su Religion, he considerado al contrario sus esperanzas á una vida futura bienaventurada, tan fundadas como las mias propias. Pero las cartas de vuestro corresponsal de Winchester, que me habeis remitido, me han disgustado sobre manera por su hipocresía y falta de caridad. A los Agustinos y Crisóstomos, que con tanta profusion cita en apoyo de su doctrina de la salud exclusiva, opondré un Obispo de mi propia, que en nada les cede, á saber : el doctor Watson, cuyas son las siguientes palabras : « ¿No nos desembarazaremos jamás de las necias discusiones de esos hipócritas, y de los insultos de esos hombres que *no saben de qué espíritu son*, que ponen límites al Todopoderoso en el ejercicio de su misericordia, y cierran las puertas del Cielo á toda secta que no es la suya? ¿No aprenderemos alguna vez á tener una idea mas modesta de nosotros mismos, y menos despreciadora de los demás? ¿á creer que el Padre del universo no acomoda sus juicios á las malhadadas disputas de teólogos pedantescos, sino que cualquiera que busca la verdad con un corazón sincero y con todas sus fuerzas (la halle ó no), y que obra bien, no puede menos de serle agradable? » Ved aquí exactamente mis sentimientos, que lo eran tambien del ilustre Hoadley, como podeis ver en su célebre sermón, cuyo efecto ha sido extinguir, casi del todo, lo que quedaba de hipocresía y supersticion en la Iglesia Anglicana². De todas las oraciones, yo no repito otras con mas frecuencia ni con mas fervor que los del sublime poeta Papa, que pasaba por católico romano; y entre ellas aquella hermosa estrofa : « No permitais, Dios mio, que mi mano trémula y débil ose disparar vuestros rayos, y lanzar sentencias de

¹ *Traité de Théologie de l'évêque Watson. Préf.*, pag. 17.

² Sermones del obispo Hoadley sobre el reino de Jesucristo. En ellos hace una cosa indiferente la elección de Religion, y somete todos los asuntos relativos á ella á la potestad civil. El ocasionó la famosa controversia de Bangoa, que estaba al punto de terminarse por una censura que la convocacion iba á pasar sobre Hoadley, cuando ésta fué suspendida por el Ministerio, y no ha obtenido despues en el curso de cien años el permiso de entablarla de nuevo.